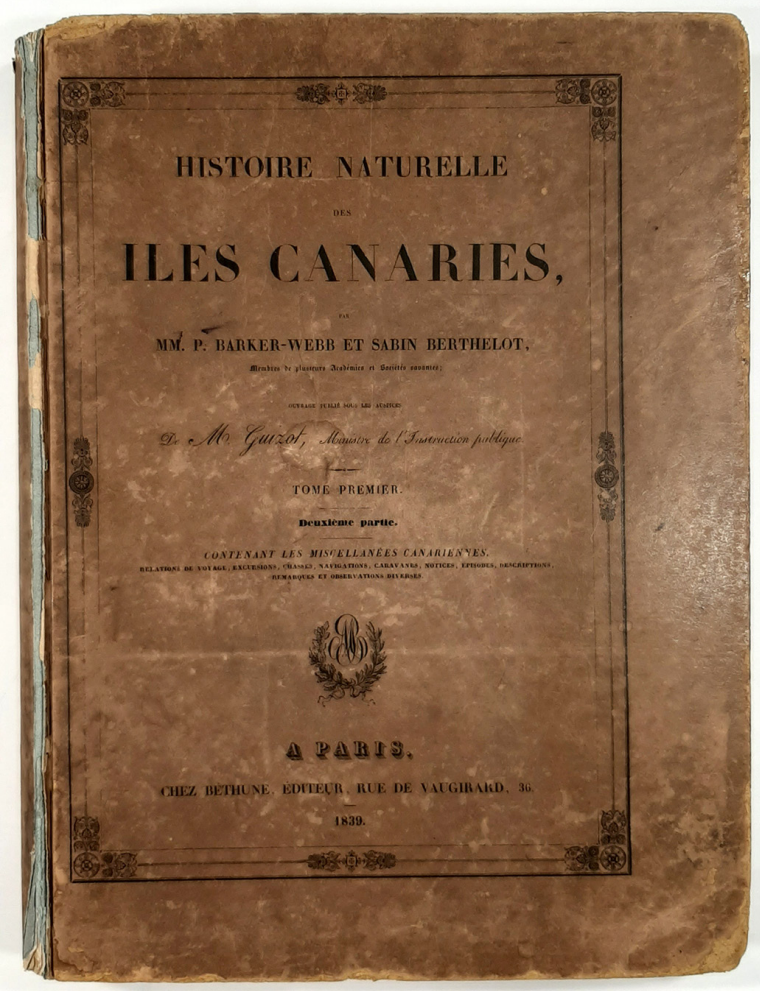

HISTOIRE NATURELLE
DES
ILES CANARIES,
PAR
MM. P. BARKER-WEBB ET SABIN BERTHELOT,
TOME PREMIER.
Deuxième partie.
CONTENANT LES MISCELLANÉES CANARIENNES.
A PARIS,
CHEZ BETHUNE, EDITEUR, RUE DE VAUGIRARD, 36.
1839.

Misceláneas canarias

A lo largo del año 2019 El Museo Canario ha dedicado su programa "La Pieza del Mes" a observar cómo el ser humano utiliza los recursos de su entorno para satisfacer sus necesidades biológicas y sociales, y al mismo tiempo ha analizado algunas de las huellas que este aprovechamiento ha ido dejando en el paisaje y el ecosistema a lo largo de la historia. Las diferentes piezas analizadas han remitido al aprovechamiento de diversos tipos de recursos naturales (animales, vegetales, hídricos o geológicos), e incluso se ha prestado atención al uso del propio territorio, especialmente como escenario de la actividad agraria. En esta misma línea, la Pieza del Mes de diciembre se ocupa del uso del espacio para el propio asentamiento de la comunidad, puesto que la urbanización es uno de los mejores ejemplos de cómo las sociedades humanas acomodan el entorno a sus necesidades y a sus formas de vida.

Si centramos la vista en la isla de Gran Canaria, está claro que el mayor de los asentamientos urbanos es el de su capital, que al iniciarse el año 2016 alcanzaba la cifra de 378.998 habitantes según su padrón municipal, lo que supone casi el 45 % de la población total de la isla, con 845.195 habitantes en la misma fecha[1]. Y si atendemos a la evolución histórica de esta ciudad, veremos que su mayor crecimiento

[1] ISTAC, 2015.

El Museo Canario
Dr. Verneau, 2 Vegueta
35001 Las Palmas de Gran Canaria
info@elmuseocanario.com
www.elmuseocanario.com

se produjo a caballo entre los siglos XIX y XX. La ciudad tenía algo más de 17.000 habitantes en 1838 (el 22 % del total insular)[2], una cifra que se había multiplicado por veinte al terminar la siguiente centuria, con casi 355.000 vecinos en el año 2000[3]. Este crecimiento, lejos de quedarse en una mera cuestión numérica, hubo de suponer, junto a los evidentes cambios de modelos de vida, una colosal transformación de la propia estructura urbana. El cambio, aunque no sea más que de manera anecdótica, puede percibirse claramente en las litografías hechas a partir de dibujos de J.J. Williams para formar parte de las *Miscellanées canariennes*, obra firmada por Sabin Berthelot y Philip Barker-Webb en 1839.

[2] Martín Galán, 2001, p. 109.

[3] ISTAC. *Estadística de la evolución histórica de la población*. En línea. Disponible en: http://www.gobiernodecanarias.org/istac/temas_estadisticos/demografia/poblacion/cifrascensales/C00025A.html [Consulta: 4 de junio de 2019].

Tres de estos grabados muestran diferentes perspectivas del cauce, hoy soterrado, del barranco Guiniguada, a cuya transformación fue dedicada la Pieza del Mes correspondiente a agosto de 2019[4]. Este lugar vendría a representar el núcleo del trazado urbano de Las Palmas en aquel tiempo, mientras que otras dos litografías muestran sendas vistas de la costa oriental de lo que hoy es la ciudad, con el istmo de Guanarteme, los arenales y las playas que hoy han desaparecido.

La *Histoire naturelle* y las *Miscellanées canariennes*

Sabin Berthelot (Sabino para sus coetáneos isleños) "*fue un marsellés de buen carácter, jovial y temperamental, muy sociable*", según palabras de Alberto Relancio y Michael Breen[5]. Nacido en 1794, su primera actividad laboral estuvo relacionada con la navegación, primero en la flota napoleónica y luego como marino mercante[6]. En 1820 dejó Marsella para embarcarse en algún negocio de tráfico ilegal en la costa africana, pero el azar lo condujo hasta la isla de Tenerife, donde acabó establecido primero en su capital y más tarde en el puerto de La Orotava, hoy Puerto de la Cruz[7].

[4] http://www.elmuseocanario.com/images/documentospdf/piezadelmes/2019/piezaagosto2019.pdf.

[5] Relancio y Breen, 2006, p. 34.

[6] Le Brun, 2016, pp. 66-71.

[7] Le Brun, 2016, pp. 77-84.

Berthelot siempre había sentido inclinaciones hacia el estudio de la ciencia y de la historia, y en su nueva residencia se centraría en estos intereses con el apoyo económico de su actividad comercial. Dirigió el nuevo Liceo de La Orotava y fue administrador del cercano Jardín de Aclimatación, y hasta su regreso a Europa en 1830 fueron habituales sus exploraciones por Tenerife en compañía de otros científicos residentes o de paso por la isla, como Francis Coleman McGregor, Jules Dumont D'Urville o Philip Barker-Webb.

Retratos de S. Berthelot y P. Barker-Webb
en *Histoire naturelle des îles Canaries*.

El botánico inglés Philip Barker-Webb, nacido en Milford, Surrey, en 1793, se graduó en Oxford en 1815 y comenzó un largo periplo científico por varios países, habitualmente en compañía de Alberto Parolini, centrando su atención en la arqueología, la botánica y la geología. En 1826 inició una larga exploración de estudio de la historia natural de la península ibérica, que concluyó en 1828 con un pretendido traslado a América. Salió de Lisboa hacia Madeira y desde allí tomó un vapor que habría de llevarlo a Brasil con una escala en Tenerife, pero en el puerto de La Orotava tomó contacto con Sabino Berthelot y sus planes se trastocaron[8].

[8] Relancio y Breen, 2006, pp. 52-57.

Juntos, Berthelot y Barker-Webb recorrieron Tenerife y exploraron casi todas las islas del archipiélago, recabando información de todo tipo (fundamentalmente relacionada con las ciencias naturales, la etnografía y la historia) y haciendo ensayos de herborización de especies vegetales autóctonas. La documentación recopilada habría de servir para publicar una obra monumental que llevaría el título de *Histoire naturelle des îles Canaries*. De esta manera, cuando Berthelot abandonó las islas en 1830 para volver a Francia lo hizo en compañía del británico, y su intención no era otra que ocuparse de la preparación y publicación de su obra conjunta. Para ello, tras tres años de viaje por las dos orillas del Mediterráneo, se establecieron ambos en París en 1833, y en 1836 comenzarían a salir por fin los primeros fascículos del primer volumen de la *Histoire naturelle*, impresos en la prestigiosa casa editorial Béthune y avalados por el ministerio francés de Instrucción Pública.

Para cuando la obra terminó de publicarse, en 1850, Berthelot ya estaba de regreso en Tenerife, a donde había vuelto en 1847 para hacerse cargo del viceconsulado francés, primero de manera interina y después como vicecónsul. La obra había alcanzado los nueve volúmenes, clasificados temáticamente en tres tomos. El segundo volumen del primer tomo fue el dedicado a las *Miscellanées canariennes*, y el resto de los volúmenes se ocupaba de asuntos como la etnografía, la historia de la conquista, la geografía descriptiva, la zoología, la geografía botánica, y una clasificación taxonómica titulada *Phytographia Canariensis*. En conjunto, todo un cuerpo enciclopédico sobre el archipiélago canario.

A esta colección se sumaba un volumen adicional de grabados reunidos con el título *Atlas*, y además las propias *Miscellanées* también incluían 60 láminas propias, creadas por prestigiosos litógrafos franceses a partir de los dibujos de varios artistas, entre ellos el propio Berthelot y los ingleses Alfred Diston y J.J. Williams.

Este último, que firma la mayor parte de las ilustraciones, ha estado tradicionalmente sumido en el misterio para la historiografía canaria, que llegó incluso a especular sobre si se trataba de un pseudónimo de Berthelot, si era un artista inglés que nunca vino a las islas, o si era un británico residente en el puerto de La Orotava[9]. Hoy sabemos, gracias a Mila Ruiz y al Proyecto Humboldt[10], que James J. Williams sí existió y que residía en Tenerife, e incluso algunos autores aseguran que fue acompañante de los autores de la *Historia natural* en algunas de sus excursiones. Sabemos también que Berthelot estaba muy satisfecho con la calidad de los dibujos que le encargaba para el libro, pero no con la celeridad con la que los ejecutaba ni, sobre todo, con la personalidad del artista, al que llegó a calificar de "pelmazo" y "majadero". Sin su contribución, sin embargo, ni la *Historia natural* ni las *Misceláneas canarias* tendrían el valor que hoy le reconocemos.

Aunque las *Misceláneas canarias* se publicaron como parte de la *Historia natural* y con las firmas de Berthelot y de Barker-Webb, lo cierto es que se trata de un texto escrito exclusivamente por el francés, y, como apunta Manuel Hernández González[11], forma "*un oasis diferenciado dentro de esta magna obra*", porque se aleja de la visión científica y meticulosamente descriptiva para que prevalezcan las experiencias personales, las anécdotas y las observaciones subjetivas, con no pocas reflexiones sobre los cambios propiciados en su tiempo por la revolución liberal.

Las *Misceláneas* son, por tanto, una suerte de híbrido entre una crónica personal y un libro de viajes, pues recogen, con un estilo marcadamente literario, las experiencias cotidianas de un erudito de las islas que es al mismo tiempo un observador externo, condicionado inevitablemente por su conciencia de ciudadano francés. De este modo, la obra se centra mayoritariamente en asuntos relacionados con la isla de Tenerife, lugar de residencia del autor, y únicamente un capítulo (15ª miscelánea), titulado "Excursión por el archipiélago canario", se ocupa del resto de las islas, incluyendo Gran Canaria.

Berthelot relata en esta miscelánea el prolongado viaje que realizó por las islas de Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria y La Palma en el año 1829, aquél que realizó junto a Barker-Webb poco antes de dejar temporalmente el archipiélago en su compañía. Su "excursión" por Gran Canaria duró tres meses, en los que residieron en la ciudad de Las Palmas y recorrieron con detenimiento las costas y cumbres de la isla.

La intensidad de las excursiones por Gran Canaria es el motivo por el que 10 de los 60 grabados litográficos que rematan el volumen estén dedicados a esta isla, a pesar de que su peso en el conjunto del texto de las *Misceláneas* supone una proporción mucho menor. El resto de las islas visitadas en aquella larga excursión apenas supuso media decena de láminas en su conjunto, lo cual da idea del impacto que Gran Canaria produjo en el viajero. También cabe la posibilidad, que se apunta aquí como una mera hipótesis, de que el dibujante J.J. Williams no acompañara a los excursionistas en todo este periplo por las islas, pero que sí se sumara a ellos en algún momento de su estancia en Gran Canaria.

Las láminas dedicadas a los paisajes de Gran Canaria representan perspectivas de Primera Tierra (playa de Sardina del Norte), Cuevas de los Frailes (barranco de la Angostura, Santa Brígida) y dos vistas de Gáldar, a las que hay que sumar las referidas a la capital insular y a su entorno inmediato. De ellas, cuatro están dedicadas al núcleo urbano (tres vistas del barranco Guiniguada y un alzado de la catedral), mientras que las otras dos se centran, como se indicó, en la costa oriental, por entonces despoblada, de la actual ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

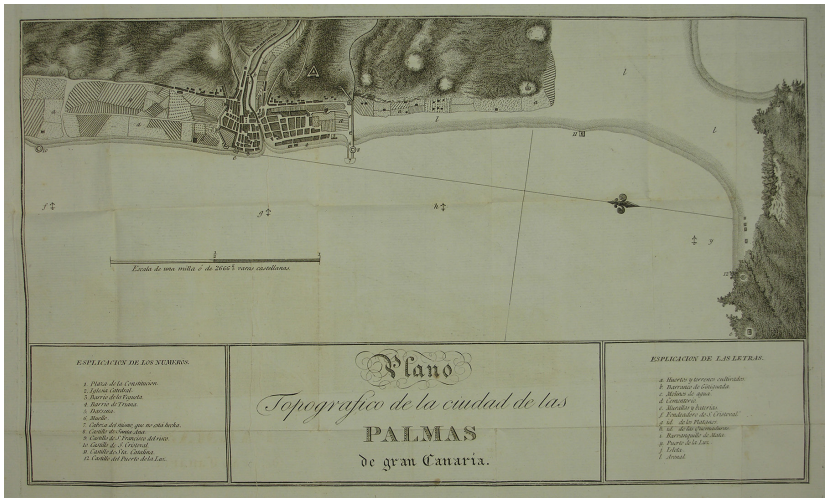
[9] Vega de la Rosa, 1994.

[10] Ruiz Pacheco, 2007.

[11] Hernández González, 1997, p. 9.

Fuera de la Portada

Las Palmas tenía entonces unos límites urbanos bien definidos por las murallas que marcaban sus extremos sur y norte. El límite meridional era una vieja muralla que, a la altura de la ermita de los Reyes, se extendía hasta el antiguo reducto costero de Santa Isabel. Al otro lado del muro estaban la fértil vega de San José, extensamente cultivada, y dos caminos de herradura, uno que terminaba en el castillo de San Pedro Mártir o de San Cristóbal, y otro que conducía a Telde, cuyo primer tramo se corresponde con el actual paseo de San José. De la misma manera, el septentrional lo marcaba otro muro defensivo que se extendía desde el muelle de Las Palmas, junto a San Telmo, hasta el castillo de Mata, y desde éste hasta el de San Francisco. El acceso a la ciudad por esta última muralla se hacía a través de la puerta de Triana, conocida como "la portada", desde la cual partía un camino que se prolongaba hasta la población llamada Puerto de la Luz, que incluía el castillo de la Luz, la iglesia del mismo nombre, un lazareto, algunas casas pequeñas y una fonda, todo ello surgido en torno a un buen fondeadero protegido de los vientos[12].



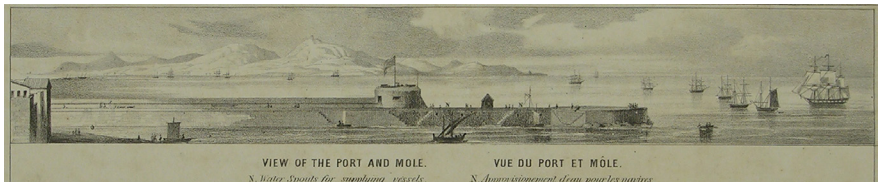
Plano topográfico de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.
Madrid: Imprenta de don Diego García y Campoy, 1822.

El camino de la Luz era, según Pascual Madoz, "*llano, sumamente cómodo, su piso de arena, y sin desviarse nunca de la orilla del mar, cuyas aguas le bañan con frecuencia en las altas mareas. A la mitad del camino están la ermita y el castillo de Sta. Catalina*". Aparte de eso, otros indicios de la actividad humana en esta franja costera se concentraban junto al primer tramo del camino, y pueden resumirse en los huertos cultivados al amparo de la acequia municipal, el precario reducto de San Felipe para la vigilancia costera, y algunas casetas de pescadores arrimadas a la orilla. Esta zona extramuros de la ciudad era lo que se conocía como "Fuera de la Portada", en referencia a la citada puerta de Triana, y suponía un área de transición entre la urbe propiamente dicha y los extensos arenales que llegaban hasta el caserío del Puerto de la Luz.

[12] Madoz, 1849, p. 611

Sin embargo, en la orilla del mar apenas había transición, puesto que en la primera mitad del siglo XIX la línea de costa aún no había sido alterada ni siquiera dentro de los límites amurallados, de manera que las playas, rocosas o de arena, trazaban aún la silueta impuesta por la geología, rota únicamente por la presencia del muelle de San Telmo y los pequeños bastiones militares. Una de las litografías de las *Misceláneas canarias* representa precisamente este hecho. Se trata de la plancha signada con el número 14, que, bajo el título "Vue de la Isleta et du Port de la Luz", dibuja la línea costera y ofrece el protagonismo a cuatro personajes (dos mujeres con sendas cestas, una niña y un hombre que sostiene una caña de pescar), que se sitúan en un punto de la orilla que hoy nos resulta difícil de precisar. En el mar se aprecian numerosos veleros fondeados, y en la tierra los elementos identificadores son un castillo de planta circular y las montañas de la Isleta al fondo de la imagen, a cuyo pie se vislumbran las casas del lejano Puerto de la Luz.

El subtítulo del grabado nos indica que la vista fue tomada desde el istmo de Guanarteme, pero este dato no puede ser del todo exacto porque en la orilla del istmo no existió ningún castillo. Por tanto, Williams debió de situarse mucho más al sur para tomar sus apuntes, de manera que en su campo de visión se incluyera alguno de los reductos militares que aún estaban en pie, de los cuales sólo el de Santa Ana y el de San Pedro eran de planta circular. El castillo de Santa Ana era el remate costero de la muralla norte de la ciudad, y de él partía ya el muelle de San Telmo o de Las Palmas[13]. Si el dibujante estuviera dentro de los límites urbanos, la estructura defensiva del grabado tendría que ser este castillo, pero en tal caso sería apreciable el citado muelle adentrándose unas decenas de metros en el mar. Por el contrario, si se tratase del castillo de San Pedro, que aún hoy sigue en pie rebautizado como castillo de San Cristóbal[14], el artista estaría situado fuera de la urbe, más allá del muro sur, y la vista de las montañas de la Isleta sería algo diferente.



Vista del castillo de Santa Ana integrado en el muelle de Las Palmas, con la Isleta al fondo. Bethencourt Sortino, Antonio. *Las Palmas Grand Canary: chief town of the Canary islands.* London, etc.: Maclure, Macdonald y Macgregor, 1857 (fragmento).

Los otros dos bastiones militares que protegían esta costa, ambos desaparecidos en la actualidad, tenían plantas más angulosas. Se trataba del castillo de Santa Isabel, que remataba la muralla meridional tal y como se ha dicho[15], y del castillo de Santa Catalina,

[13] Pinto y de la Rosa, 1996, pp. 223-229.
[14] Pinto y de la Rosa, 1996, pp. 264-267.
[15] Pinto y de la Rosa, 1996, pp. 257-262.

que protegía la bahía desde el punto en el que se sitúa la actual Base Naval[16]. La vista de la Isleta desde este punto hace que nos decantemos por esta opción para identificar el lugar desde el que J.J. Williams tomó sus apuntes, con la advertencia de que, en tal caso, el dibujante o el litógrafo se tomarían la licencia de transformarlo en una torre circular, puesto que en realidad la planta de este reducto tenía forma de punta de flecha. En favor de esta opción está su posición geográfica, en un lugar que podría considerarse el inicio del istmo de Guanarteme.

En cualquier caso, la conclusión más importante que podemos sacar al observar la imagen es la constatación del cambio, una idea que se ve reforzada por las propias dificultades que entraña la identificación del lugar exacto. La costa que muestra el grabado es una sucesión de playas que se prolonga más allá del istmo hasta llegar al castillo de la Luz, y si pudiéramos salirnos de la litografía en este punto veríamos cómo estas playas se extendían en forma de gran arenal hasta unirse con Las Canteras. Hoy, sin embargo, el litoral natural ha desaparecido casi por completo, y en su lugar se asientan las calles del trazado urbano, delimitadas por las escolleras artificiales que sustentan el asfalto de la Avenida Marítima, en espacio ganado al mar. Un único vestigio de la costa original se conserva en todo este tramo del litoral oriental de la ciudad: la playa de las Alcaravaneras, con una extensión que no es más que el 45 % de la que tenía cuando se conocía como playa de Santa Catalina, según cálculos de la especialista Eva Pérez[17]. De la misma forma, en el litoral occidental se conserva la playa de Las Canteras igualmente cercada por el crecimiento urbano.

En este sentido es aún más elocuente, por reconocible, la otra litografía del istmo de Guanarteme que recogen las *Misceláneas canarias*. Se trata de la lámina número 12, titulada “Ciudad de Las Palmas capitale de la Grande Canarie”, una vista de la misma costa tomada desde el ángulo contrario, es decir, desde la Isleta, con la ciudad en el fondo de un paisaje dominado por un gran espacio de arenales vírgenes que en la actualidad han sido conquistados por el crecimiento urbano. Las laderas yermas que se aprecian al oeste no merecen aún el nombre de Ciudad Alta, y las aguas de la amplia bahía que domina el centro de la imagen no han sido todavía sustituidas por asfalto y hormigón en virtud del desarrollo portuario.

El crecimiento de la ciudad

Las fechas en las que fueron redactadas las *Misceláneas canarias* y se estamparon sus láminas coinciden con el inicio de la gran expansión de la ciudad de Las Palmas, propiciada en primer lugar por los procesos desamortizadores. La llamada Desamortización de Mendizábal, activa desde 1836, afectó a las propiedades del clero, mientras que la impulsada por Pascual Madoz a partir de 1855 puso en venta, además de los bienes de la Iglesia, otras propiedades del Estado, de Propios, de Instrucción Pública y de Beneficencia, lo cual tuvo efectos no sólo en el interior de ciudad, sino también en los terrenos extramuros. Hacia el sur, en los terrenos expropiados a los dominicos y adquiridos posteriormente por Antonio de la Rocha

[16] Pinto y de la Rosa, 1996, pp. 214-218
[17] Villullas, 2019.

acabó plasmándose, antes de finalizar el siglo, el crecimiento de Vegueta, traspasando la muralla por la ermita de los Reyes, y ya en la década de 1930 se aprobó la urbanización de la Vega de San José[18]. Hacia el norte, el cercado de Santa Catalina (comprado por Diego Wood Apted en 1844), el cercado de los Perules (adquirido por José Joaquín Sanahan en 1859), y las Tierras de Santa Catalina (malvendidas a Nicolás Apolinario en 1860) marcaron el futuro desarrollo urbano entre la portada de Triana y el Puerto de la Luz. La Isleta, que en su mayor parte quedó fuera de este vertiginoso desarrollo urbano, también fue objeto de compra privada en estas fechas y sufrió varios cambios de titularidad en las décadas siguientes, siendo uno de sus sucesivos propietarios el médico municipal Domingo J. Navarro, primer presidente de El Museo Canario[19].

Pero más allá del cambio de titularidad de las tierras propiciado por las desamortizaciones, tal vez el desarrollo urbano de toda esta parte de la ciudad se deba a la creciente dependencia económica de movimiento portuario. El pequeño muelle de Las Palmas, situado en un lugar expuesto a los embates del mar, se mostró incapaz de absorber un tráfico comercial cada vez más intenso, de manera que se hizo necesario construir un nuevo puerto adaptado a las necesidades de los grandes navíos que comenzaban a surcar el Atlántico. Las autoridades escogieron el fondeadero del Puerto de la Luz para construir las nuevas plataformas portuarias, pero aunque el enclave resultaba idóneo para estas nuevas infraestructuras, lo cierto es que la lejanía de la ciudad podía ser un inconveniente. Por eso la primera acción hubo de ser la conversión del viejo camino en una nueva carretera, cuya construcción se inició en 1854, una vez derribada la muralla de Triana. Un año después ya habían surgido espontáneamente, al amparo de esta vía, las primeras casas de la ciudad fuera de la portada, mientras que en el otro extremo el Puerto de la Luz dejaba de ser un pequeño caserío y comenzaba a crecer

[18] Martín Galán, 2001, pp. 222-224.
[19] Martín Galán, 2001, pp. 225-227.

de forma desordenada, resultando vanos los intentos de promover su urbanización controlada. Sucesivamente fueron surgiendo entre ambas poblaciones los actuales barrios de Arenales, Ciudad Jardín y Alcaravaneras, todos ellos en torno al eje vertebrador de la nueva carretera, y a partir de ellos el crecimiento urbano se encargó de ir cubriendo, a lo largo de todo el siglo XX[20], todo el espacio libre que J.J. Williams supo retratar para las *Misceláneas canarias*.

[20] Herrera Piqué, 1978.

Bibliografía

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel. “Estudio crítico”. En: BERTHELOT, Sabin. *Miscelánеas canarias*. La Laguna: Francisco Lemus, 1997, pp. 9-19.

HERRERA PIQUÉ, Alfredo. *La ciudad de Las Palmas: noticia histórica de su urbanización*. Las Palmas de Gran Canaria: Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 1978.

INSTITUTO CANARIO DE ESTADÍSTICA (ISTAC). *Canarias en cifras: 2016*. Canarias: Instituto Canario de Estadística, D.L. 2015.

LE BRUN, Nathalie. *Un francés entre guanches: Sabino Berthelot y las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Le Canarien, 2016.

MADOZ, Pascual. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. T. XII. Madrid: Imprenta del Diccionario geográfico-estsdístico-histórico de D. Pascual Madoz, 1849.

MARTÍN GALÁN, Fernando. *Las Palmas de Gran Canaria: cinco siglos de evolución*. Las Palmas de Gran Canaria: Fundación Puertos de Las Palmas, D.L. 2001.

OLIVE, Pedro de. *Diccionario estadístico-administrativo de las islas Canarias*. Barcelona: Establecimiento Tipográfico de Jaime Jepús, 1865.

OJEDA QUINTANA, José Juan. “El crecimiento físico de Las Palmas”. *La provincia / Páginas especiales del domingo* (Las Palmas de Gran Canaria, 4 de enero de 1976), p. 4.

PINTO Y DE LA ROSA, José María. *Apuntes para la historia de las antiguas fortificaciones de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Museo Militar Regional de Canarias, 1996.

RELANCIO, Alberto; BREEN, Michael. *Historia Natural de las Islas Canarias de Philip Barker Webb y Sabino Berthelot: una introducción*. La Orotava: Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, D.L. 2006.

RUIZ PACHECO, Mila. “El rastro del enigmático dibujante J.J. Williams”. En: OLIVER, J.M.; RELANCIO, Alberto (ed.). *El descubrimiento científico de las islas Canarias*. La Orotava: Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 2007, pp. 167-173.

VEGA DE LA ROSA, Carmelo. “Las láminas de la *Histoire naturelle* de Barker-Webb y Berthelot o Los orígenes de la imagen gráfica de Canarias”. En: *X Coloquio de Historia Canario-Americana (1992)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1994, tomo II, pp. 879-892.

VILLULLAS, Abzubenam. “La capital pierde once playas en un siglo”. *La provincia* (Las Palmas de Gran Canaria, 8 de diciembre de 2019), pp. 6-7.

Autor de la ficha: Luis Regueira Benítez
(Bibliotecario de El Museo Canario)